



Fatalismo político: Algunos actores

Por Bulmaro Pacheco



Uno se pregunta qué hubieran hecho aquellos personajes que, con sus acciones, lograron cambiar el curso de la historia, si hubieran escuchado –o de haberles hecho caso– a los fatalistas políticos que siempre han existido. Esos que a cada rato repiten con insistencia: “¿Para qué luchar?”; “¿para qué ponerse a las patadas con Sansón?” O acudiendo a su conciencia determinista deducen: “Las cosas son como son porque así han sido siempre y no hay nada que hacer”.
¿Qué hubiera pasado si el mártir mexicano Francisco I. Madero les hubiera hecho caso? “No te metas en esa lucha” –“El dictador se va a ir cuando él quiera, no hay poder que lo pueda obligar!”; “No hay nada que hacer contra él” – ¿y hubiera dejado de lado la lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz?
Madero quizá hubiera vivido más

años –murió a los 40 (1873-1913) – y hubiera dejado en otras manos un proceso revolucionario que ya nadie podía detener.

Madero, perseguido, encarcelado y acosado decidió rebelarse y seguir en la lucha junto al resto de los revolucionarios, y lideró la renuncia y el exilio de Porfirio Díaz en mayo de 1911, emocionando a la gente que en noviembre de ese año votó por él para la Presidencia de la República. Sólo duró 16 meses como presidente, al caer asesinado por instrucciones directas de Victoriano Huerta en febrero de 1913, en una conspiración donde participaron activamente los emisarios del pasado porfirista (Huerta, Félix Díaz, Mondragón, etc.) y el entonces embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson.

Algo especial ocurrió también con Abraham Lincoln, a quien algunos deterministas aconsejaban que abandonara la carrera política que había iniciado con grandes penalidades: no tenía dinero, procedía de lo más bajo de la escala social, ya había perdido varias elecciones, y combatía la esclavitud que, todavía a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos, era un tema que dividía a la clase política y a una población víctima de las peores injusticias.

Lincoln, propietario de un modesto despacho jurídico, siguió en la lucha política hasta llegar a la presidencia de su país: por primera vez en 1861 y por segunda ocasión en 1865.

Mantuvo la unidad de los Estados

Unidos ante la secesión de 11 estados del Sur –en una guerra civil con cientos de miles de muertos que duró cuatro años– que se negaban a abolir la esclavitud. Emitió la Proclamación de Emancipación el 1 de enero de 1863, declarando libres a los esclavos en los estados rebeldes, y promulgó la Decimotercera Enmienda Constitucional, que terminó formalmente con la esclavitud en todo el país. Fue asesinado de un balazo en la cabeza el 14 de abril de 1865, mientras asistía a una función en el Teatro Ford, en la capital Washington, y murió a la mañana siguiente. Su asesino, el actor John Wilkes Booth, –simpatizante de los confederados del sur– escapó del lugar y fue capturado tres días

después.

Nelson Mandela, nacido el 18 de julio de 1918 en Mvezo, Sudáfrica, fue un abogado que combatió radicalmente la política racista del apartheid y la dictadura instaurada en 1948.

Libró importantes batallas políticas y se movilizó en favor de las causas de la mayoría de color de Sudáfrica. El gobierno lo acusó de terrorismo y lo encarceló en Robben Island, donde permaneció preso durante 27 años. Se defendió como pudo, rechazó ofertas de negociación que le habrían implicado libertad a cambio de abdicar sus principios, y apeló a la presión internacional, logrando un gran impacto en la lucha por los derechos humanos. Quedó en libertad en 1990 y se dedicó a

